40616

EL DOS DE MAYO

FM
1190

DISCURSO

que, en la función religiosa nacional del Centenario de la Independencia, celebrada en San Francisco el Grande,

BAJO LA PRESIDENCIA DE

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII,

PRONUNCIÓ EL DOCTOR

D. LUIS CALPENA,

Rector de dicha Iglesia, Magistral de la Real Capilla de S. M. y Catedrático de Oratoria Sagrada en el Seminario Conciliar de Madrid.

Se publica por acuerdo y á expensas de la Junta del Centenario, con aprobación de la Autoridad eclesiástica y Bendición del Excmo. y Rvdmo. Sr. Nuncio Apostólico de Su Santidad.

MADRID, 1908. IMPRENTA MUNICIPAL.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

FM/1190

EL DOS DE MAYO

DISCURSO

que, en la función religiosa nacional del Centenario de la Independencia, celebrada en San Francisco el Grande,

BAJO LA PRESIDENCIA DE

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII,

PRONUNCIÓ EL DOCTOR

D. LUIS CALPENA,

Rector de dicha Iglesia, Magistral de la Real Capilla de S. M. y Catedrático de Oratoria Sagrada en el Seminario Conciliar de Madrid.

Se publica por acuerdo y á expensas de la Junta del Centenario, con aprobación de la Autoridad eclesiástica y Bendición del Excmo. y Rvdmo. Sr. Nuncio Apostólico de Su Santidad.

MADRID, 1908. IMPRENTA MUNICIPAL.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ofició de Pontifical el Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá y estaban presentes el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad y el Excmo. Sr. Obispo de Sión.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Tempus belli, et tempus pacis.
Tiempo de guerra y tiempo de paz.

ECCLES, III, 8.

¡1808 y 1908!

Estas fechas, Señor, son dos piedras miliarias en los caminos que la humanidad recorre hacia el progreso.

Hace un siglo, la tiranía y el despotismo cayendo sobre Europa, la obligaron á abandonar sus campos, sus industrias, su ciencia, sus artes, para defender con las armas su libertad y su independencia.

Hoy en vez de gritos de combate y fragores de lucha, se oye en los pueblos europeos el estruendo majestuoso de las grandes fábricas..... El humo de la pólvora ha sido reemplazado por esas negras espirales que la industria moderna eleva al cielo como incienso purísimo del trabajo; y con su horror á la guerra, buscando medios de asegurar la paz, la civilización actual proclama el triunfo del Evangelio, que va ganando el corazón de las naciones, para llegar á la solidaridad en Cristo de la raza humana, aspiración legítima del progreso verdadero.

Pretender que la doctrina evangélica produjera instantáneamente su fruto, es desconocer la obra del Cristianismo. Jesucristo no empleó medio alguno de los que la so-

Ayuntamiento de Madrid

ciedad emplea para imponer sus sistemas. Jesucristo derramó su doctrina en el mundo, la regó con su sangre, y ella, á pesar de todas las resistencias va fructificando, pudiendo decir con el Obispo de Laval que cada período de cien años, marca un paso más en esta universal transformación.

Los tiempos que corren, escribía el inmortal Pontífice León XIII, parecen eminentemente propicios, así para la restauración de la antigua concordia, como para la propagación del Evangelio, porque jamás el sentimiento de la fraternidad humana ha penetrado tanto en las almas.

Al impulso de esta fraternidad y de las nuevas é incesantes conquistas del reino de Jesucristo, la humanidad, Señor, avanza. Así al celebrar España el Centenario de su Independencia, todas las naciones se asocian á nuestra histórica conmemoración; y borrados por la mano de un siglo los odios de aquella lucha entre naciones hermanas, hoy nuestro primer saludo es de cordialidad sincera para el pueblo francés, con el que nos unen vínculos de amistad inquebrantable.

El Conde de Chateaubriand dudaba que nadie pudiera ser santo ni hombre de talento sin amor á la patria.

Pero el amor patrio es tan fecundo que produce en la guerra héroes y en la paz todo linaje de grandezas.

Creer que los pueblos sólo son grandes por sus bélicas hazañas y sus conquistas guerreras, sería tan absurdo como suponer que la historia universal no tiene bellezas más que en los tiempos heroicos.

Campeón de la civilización cristiana, el pueblo español tiene en la paz una misión tan sagrada y transcendental como en la guerra.

España, la heroica España que salvó, durante la Edad Media, la libertad cristiana de Europa en Covadonga, en Calatañazor, en las Navas, en el Salado, en Lepanto....., al comenzar el siglo XIX abrió una tumba á la nueva tiranía que quiso esclavizar á los pueblos.

Alentado por el espíritu cristiano y fiel á su misión divina, el pueblo español, hace cien años, en este día, en

Ayuntamiento de Madrid

esta misma hora declaraba la guerra al vencedor de las Pirámides, de Jena y de Austerlitz. En esta mañana eternamente memorable, los pequeños cañones de nuestro Parque de artillería hicieron retemblar un trono que el mundo juzgaba inconmovible.

Pero al rendir hoy tributo de admiración á los héroes de aquella inmortal jornada del Dos de Mayo, al lado de la España heroica, debe levantarse otra España: la España que, en la paz, no haga traición á su pasado glorioso. Y en efecto, yo, Señor, veo surgir una España que, llena de esperanzas y de vida, emprende nuevos derroteros..... Si con la espada de la justicia divina defendió en otras edades los derechos de Dios, con la antorcha de su fe, con los destellos de su ciencia, con los esfuerzos de su trabajo, ella quiere recobrar el puesto de honor, el lugar preeminente que ocupó siempre en la civilización cristiana.

No; esa tumba del pasado no debe ser, no puede ser sepulcro de nuestras ilusiones.

A la luz de la Religión y de la historia, estudiemos hoy á España y á la humanidad, en estas dos fechas culminantes: 1808 y 1908.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

I

Señor:

Dios ha velado siempre por la libertad de los pueblos, destruyendo implacable los proyectos de la humana soberbia, cuantas veces ha intentado la dominación universal.

El Imperio persa aparece en Oriente como un coloso de legendaria soberanía. El mar Caspio, el mar Negro, los golfos del Asia Menor y de la Jonia son esmeraldas prendidas en la alfombra de su trono. Los reyes de Lydia, Egipto, Babilonia, Nínive, Menfis..... sostienen sobre las espaldas el sitial de su omnipotencia. Sus ejércitos están formados por todas las razas sometidas: los asirios con sus flechas, los sacios con sus hachas, los negros etiopes envueltos en pieles de panteras, los libios montados en sus carros de combate, los mariandinos, los chipriotas, los capadocios, los indios, los árabes.....

¿Quién librará al mundo de esta dominación?

Sólo Dios pudo romper las cadenas que aherrojaban á la humanidad.

Ciro, el fundador de tan vasto imperio, es derrotado por una mujer: Tomiris. Cambises que llega hasta la Etiopía, encuentra en el fuego de aquel clima un enemigo insuperable: sus soldados quedan tendidos, abrasados en los arenales de la Libia. Darío, que lleva las naves asiáticas al mar Egeo, sufre en las llanuras de Maratón una derrota inesperada..... Y Jerjes, el que formó en Helesponto un puente de barcas para entrar en Europa, el que

Ayuntamiento de Madrid

venció á Leónidas con sus famosos espartanos, vé derrumbarse el poderío persa en Platea y Salamina.

Macedonia quiso disputar la hegemonía mundial á Persia, asentando sobre sus ruinas un Imperio que llegase á eclipsar las glorias de Jerjes, de Darío, de Ciro y de Cambises.

Menos eficaz la elocuencia de Demóstenes que la espada de Filipo, en la batalla de Queronea, Macedonia empuña el cetro que tantas veces se disputaran espartanos y atenienses.

Alejandro Magno intenta fundir el Oriente con el Occidente y lanza sus falanges macedónicas á la conquista de los reinos asiáticos. La victoria del Gránico le da la clave del Asia Menor. Efeso, Mileto, Smirna, Sidón y Chipre se rinden á sus plantas. En Hiso hiere con su propia lanza el rostro de Mitrídates, y Darío se ve obligado á atravesar el Eufrates en retirada vergonzosa. Recorre victorioso la Fenicia, Siria, Palestina, llegando hasta el templo de Salomón que le abre sus puertas. Las murallas ciclópeas de Menfis tiemblan á su paso; incendia á Persépolis, humilla la Bactriana y la Sagdiana, escalas del comercio..... Dueño del Caspio pone en comunicación los pueblos de Persia; deja por todas partes colonias griegas como ejecutorias de su dominación; y sin mapas ni vestigios de anteriores viajes, atraviesa los desiertos Mongoles; la vieja Troya y la bárbara Tartaria le pertenecen; en la desembocadura del Nilo funda su Alejandría; Ecbatania se convierte en sitio real.....; y toda la tierra en fin, al decir de la Escritura, se postra muda á los pies del héroe macedónico.

¿Quién había de soñar que tan jigante Imperio fuera derribado por la cobardía de aquellas falanges famosas que después de sojuzgar al mundo, se detienen vacilantes ante los peligros de una nueva expedición?

«Vuestro rey os guía, y espera que no le faltarán leales». Así arengaba Alejandro á sus macedonios. Pero un silencio profundo le indicó que nadie le seguiría hasta el Ganges. Alejandro quedó sólo en su tienda; erige á los

Ayuntamiento de Madrid

tres días sobre las margenes del Hífaso doce altares, cual si quisiera dejar allí fijado el término de las conquistas helenas.....; y regresa á Babilonia para morir en la molicie, anunciando, con sus *sangrientos funerales*, la destrucción, la ruina del gran Imperio Macedónico.

Pero Macedonia, Persia, Siria, todos los grandes Imperios de la antigüedad ¿qué son al lado de Roma, de la Señora del mundo, del poder más formidable que se ha levantado en la historia? Las águilas romanas eclipsaron con su vuelo el sol de Grecia; y clavando sus garras en el corazón de Anníbal, pierde Cartago el último aliento de sus rivalidades, en Zama.

Los cimbrios, que habían paseado triunfantes sus armas desde el Danubio hasta el Adriático y desde los Alpes hasta las cumbres de Tracia; los partos, cuya ferocidad llevaba el terror á todos los pueblos; los indomables iberos, que tenían guerrilleros como Viriato y ciudades como Numancia y montes como fortalezas incontrastables.....; los galos, los intrépidos galos, que iban al combate cantando himnos bélicos, los hercúleos germanos que no encontraban placer más que en la guerra; los valientes escitas, que para aplacar la sed tenían por copas los cráneos de sus enemigos; númidas, celtas, teutones, semitas, griegos, medos, persas, etiopes, egipcios, ilirios, frigios, fenicios, tracios, todos los pueblos, todas las razas, la humanidad toda había sido subyugada por el poder romano.....

Pero llega la hora de la libertad, y oid la voz de Atila: «Déjame, dice al ermitaño que intenta detenerle en su marcha devastadora; soy el azote de Dios; una fuerza secreta me impele á saquear á Roma».

Y Roma, Señor, por cuyas puertas entrara un día Yugurta uncido al carro de Mario, vió entrar á los bárbaros como rayos de la venganza divina para incendiarlo todo y destruirlo todo, no dejando de aquel Imperio formidable más que un montón de cenizas, sobre las cuales, el dedo de Dios, trazó el mapa de los nuevos estados cristianos: pequeñas y grandes naciones, libres de toda tiranía, y uni-

Ayuntamiento de Madrid

das solo por un vínculo de fraternidad universal: el derecho de gentes.

Jesucristo, dice Lacordaire, que hizo á todos los hombres hermanos, y de plebeyos y patricios formó una sola familia; que proclamó á todos los hombres ciudadanos de la humanidad, y declaró inviolable y sagrada la persona de todo ciudadano; quiso también que fueran hermanas las naciones, que ninguna nación tuviera derecho de mandar á otra nación; que los pueblos no estén ligados entre sí más que por la justicia y los tratados, nunca por la victoria solamente.

***

Pero tan bella, tan hermosa civilización reclamaba un héroe que la defendiese, á traves de los siglos, contra todas las ambiciones de la historia.

¿Y no sabéis que este héroe es el pueblo español?

Una noche, en las márgenes del Ebro, se oyeron palabras celestiales: *Dominus elegit te hodie ut sis populus ei peculiaris*. No era Moisés hablando á Israel, era la Madre de Dios que hablaba á España: «Jesucristo, mi Hijo, é Hijo de Dios, El que ha venido á la tierra á establecer el reinado de la justicia bajo un solo derecho, el derecho divino y universal, ha escogido este pueblo como campeón que defenderá, con su valor y su fe, la paz y la libertad del mundo, redimido con su sangre preciosa».

Fiel á esta elección divina, España, Señor, domeña á los bárbaros, les convierte á la doctrina de Cristo; y levantando generaciones de héroes, cierra el paso á los hijos del desierto, que pretendían clavar, con la punta de su alfanje, las máximas del Corán en el corazón de Europa.

Al comenzar el siglo XIX un nuevo peligro amenazaba á la civilización cristiana. Resucitando las antiguas hegemonías, condenadas por el Evangelio, Napoleón ambicio-

Ayuntamiento de Madrid

na la corona universal; quiere, como Ciro, como Alejandro, como César, convertir toda la tierra en pedestal de su gloria.

Desde las nebulosas y áridas riberas del Vístula hasta las orillas del Rhin y del Pó, todos los pueblos sintieron sobre sus espaldas el látigo de la tiranía.

Coronado Emperador en Nuestra Señora de París, quiere que las Pirámides y los Pirineos sean columnas de su solio; que el cetro de su dominación toque los polos de la tierra; que todos los reyes del mundo se conviertan en vasallos de su Imperio.

Dirige sus armas al Rhin, y Austria capitula en Ulma; corre hacia Viena, penetra en la Moravia, y la guardia imperial rusa se ve obligada á una retirada vergonzosa en Austerlitz; invade el reino de Nápoles, y se apodera del trono de Fernando IV; entra victorioso en Berlín, extiende sus dominios por el Norte de Alemania, y con el gran ducado de Hesse y las provincias polacas arrebatadas á Prusia constituye el reino de Westfalia, que regala á uno de sus hermanos. Holanda pasa á ser feudo de su familia; Prusia es derrotada en Jena; rinde á Dinamarca, domina la Suecia; se posesiona de Etruria; ocupa á Portugal. Los Estados Pontificios son incorporados á Francia y las águilas imperiales se ciernen sobre el Quirinal, constituído en prisión de Pío VII; mientras una orden del Emperador expulsa del territorio romano á los Cardenales, lleva á París la Tiara, secuestra el anillo del Pescador.....

¡España, España! ¿Has olvidado tu providencial misión en la Historia?

¡Oh! España, en aquella hora, aparecía ante el mundo prendida también entre las mallas de la red inmensa de perfidias, engaños y traiciones.....

El que llegó á reunir en torno suyo á los soberanos de Baviera, de Sajonia, de Wurtemberg, de Westfalia, al Príncipe Guillermo de Prusia, al Emperador ruso Alejandro, llevándoles en Erfut á aplaudir las obras de Racin y Voltaire, declamadas por Talma; el que con tanta perfidia engañaba á los reyes, quiso que Carlos IV y Fernando VII

Ayuntamiento de Madrid

abandonaran á España, para retenerlos cautivos, mientras tomaba él posesión del trono de San Fernando.

Toda la familia real española debía alejarse de Madrid.

Quedaban dos infantes en el Palacio de Oriente, y señaló Bonaparte una fecha para conducirlos también á Bayona. El 2 de Mayo emprenderían el camino del destierro, y no quedando ya en España vestigio alguno de la dinastía reinante, las flores de lis serían arrancadas del trono por aquellas águilas que cubrieron con su vuelo las Pirámides, los Alpes y los Apeninos.

¡El Dos de Mayo!

Esta era también la fecha marcada en los designios de Dios, como término de la opresión tiránica en que gemían los pueblos.

Sí; era llegada la hora de despertar al león de Castilla, que parecía dormido..... Y despertó el león.....; y sacudió con furia su melena, y crispó las garras.....; y sus rugidos, Señor, estremecieron el suelo de Europa.

¡El Dos de Mayo!

Imaginaos el Palacio Real cercado por un gentío inmenso que se agita amenazador y rugiente, como mar tempestuoso, embravecido..... Huracanes de indignación encrespan aquel oleaje humano que todo lo invade, que todo lo domina, que lo avasalla todo, cerrando el paso á cuantos intentan penetrar en el regio alcázar, para cumplir las órdenes del tirano.

El furor ciega á Murat.....: y la artillería descarga con ferocidad salvaje contra el pueblo indefenso, que se dispersa, no huyendo, sino gritando ronco de ira «¡á las armas, á las armas!.....»; para convertir al punto las calles en campamento, las casas en fortalezas, las Iglesias en hospitales, en héroes á los hijos de Madrid y á la invicta villa en otra Numancia que arde en las llamas del heroísmo.....; hoguera gigante cuyas chispas prenden fuego en todas las regiones, haciendo estallar aquel formidable incendio, á cuya luz, pudo, desde su trono, leer Napoleón en el cielo de España, las fatídicas palabras que anunciaron á un rey de Babilonia el fin de su reino: *Manet, Thecet, Phares.*

Ayuntamiento de Madrid

Sí; fué el pueblo español el que derribó al coloso.....

Dios, que para librar á Israel del terrible Goliat se valió de su pastorcillo David; para salvar la civilización, para librar al mundo de la hegemonía napoleónica, suscitó el ardor cristiano del pueblo ibero, y España, Señor, con la honda de su fe y de su valor, desde los campos de Bailén, hiere al gigante del siglo, al señor de la tierra, al dominador del mundo.

Herido de muerte, desde aquel día, el Imperio camina incierto, jadeante, muriendo á cada paso.....; hasta que Moscou, Leipzig y Waterlóo arrojan al fondo del Océano el cadáver de la tiranía, que fué á estrellarse contra una roca: Santa Elena.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

II

Cada día, observaba León XIII, se manifiesta más claramente la aversión de los pueblos á la guerra. Sería preciso cerrar los ojos á la evidencia para no percibir el trabajo incesante de la civilización actual, con el fin de asegurar la paz de las naciones. Desde 1814, en que se formó en América la primera Sociedad para estudiar los medios de evitar la guerra, ¿quién puede reducir á número las Instituciones, Federaciones, Convenios, Tratados, Conferencias y Congresos de la paz de esta centuria?

Desde 1889, Señor, no ha transcurrido un solo año sin un Congreso de paz. Esta nueva y ferviente Cruzada recorre todo el mundo. París, Londres, Viena, Buda-Pesth, Roma, Milán, San Luis, Nueva York, Chicago, Berna, Turín, Mónaco, Amberes, Munich, Berlín, La Haya, han sido ya teatro de estas manifestaciones del sentimiento *pacifista,* como hoy se le llama, por no darle su verdadero nombre: *apostolado de la paz cristiana.*

«Es preciso ver en la impetuosa corriente pacífica que atraviesa el mundo, el eco de aquellos gritos de amor de Jesús, del divino Maestro, que en el sublime *Discurso de la Montaña,* en una hora de nacionalismo agudo de su Patria, anunciaba al pueblo el advenimiento de la fraternidad humana, basada en la fraternidad divina..... Porque si Jesús tuvo *lágrimas elegidas* para Jerusalem, su patria, nos ha dado la visión clarísima de un amor de la humanidad que no conoce fronteras y de una verdadera fraterni-

Ayuntamiento de Madrid

dad humana manando del amor del mismo Padre celeste..... Sí; en el movimiento *pacifista* que actualmente se manifiesta en el mundo, sólo late el espíritu de Cristo (1)».

¿Cómo no había de aprobar y bendecir el Vicario de Jesucristo esta nueva Cruzada, este verdadero progreso de la humanidad?

Cuando en el XV Congreso Universal de la Paz, celebrado en Milán el año 1906, un grupo de católicos envió á Pío X un mensaje pidiéndole su bendición, he aquí la contestación del Vaticano: «Nada hay más conforme al espíritu evangélico que renovar sin cesar todo linaje de esfuerzos, para evitar la guerra y procurar á los pueblos y á las naciones esta verdadera paz, que fué muchas veces anunciada al mundo por Jesucristo, Príncipe de la Paz. Yo me apresuro á aplaudir la noble y santa empresa del Congreso de la Paz, complaciéndome en haceros conocer la alta aprobación de Su Santidad Pío X, que desea el más grande éxito á tan santa iniciativa». Así escribía al Congreso el Cardenal Ferrary, enviándoles la bendición de Su Santidad, en la que el mismo Pontífice les asegura que, como ellos, está «muy convencido de que todos los esfuerzos que se hagan con el fin de evitar los horrores de la guerra, están en absoluto conformes con el espíritu y los preceptos del Evangelio».

Sí, este avance de la humanidad es debido, como todos, al cristianismo. Y es que hoy, gracias á la luz del Evangelio, se ha llegado á tener un concepto más claro y un sentimiento más elevado de la vida humana.

A esta elevación de sentimientos y de ideas contribuye poderosamente la fusión de los espíritus, llevada á cabo por los medios de comunicación de la vida actual. La savia del Evangelio que aisladamente guardaban en su seno las diversas iglesias, comuniones y sectas cristianas, ha refluído más vigorosa al ponerse en contacto todos los pueblos; y lleven ó rechacen el nombre de católicos, todos en

---

(1) *L'Osservatore cattolico.*— 16 Sbre. 1906.

Ayuntamiento de Madrid

el fondo aceptan las enseñanzas de Cristo, luz única que ha disipado, en la historia, las sombras de la barbarie.

Los gérmenes de la verdad jamás quedan por completo ahogados entre las malezas del error. La semilla brota donde una vez fué sembrada. Esta es la contradicción palmaria de los pueblos modernos, que se aprovechan de los beneficios sociales de Cristo, y sin embargo, le niegan. Lo que en ellos hay de verdad, y de luz, y de progreso es de Cristo. De modo que en el fondo le aceptan y con los labios le rechazan. Ellos quisieran prescindir del Cristianismo y no pueden; quisieran crear otro sol para iluminar los caminos de la humanidad, y hasta han llegado á forjarse la ilusión de que existe un progreso emancipado del Evangelio.

«Cuán ciegos son, dice Bougaud, el insigne Obispo de Laval, para no ver que las transformaciones actuales de la sociedad han sido preparadas por la Iglesia; que es fruto lentamente madurado del Evangelio; que es la consecuencia de la aplicación de sus principios divinos á las cosas sociales; que sin el Evangelio y la iglesia, estaríamos todavía en las monstruosidades del estado pagano.

. . . . . .

Inmutabilidad no es inmovilidad. Nada hay más activo que el alma. Ella es el principio de todas estas transformaciones sociales que llenan el mundo; y por consiguiente si Dios ha hecho el Cristianismo para el alma humana, á menos de hacer una obra incompleta, defectuosa, incapaz de alcanzar su fin, ha debido poner en el Cristianismo una fuerza de desenvolvimiento por lo menos igual á la del alma.

. . . . . .

Dios ha puesto en el Cristianismo todas las luces; la luz metafísica, la luz moral, la luz mística, la luz social, para que brotando cada una en momentos determinados no queden sin estas claridades de que tienen necesidad un alma, un pueblo, una civilización (1)».

La historia de la humanidad antes del Cristianismo no

(1) *Le Christianisme et les temps presents.*

Ayuntamiento de Madrid

es más que la historia de la guerra. Después de Jesucristo, la guerra en nuestra civilización, en la civilización cristiana, es un accidente..... fatal, indestructible, necesario tal vez, pero accidente nada más.

Y comparad, comparad la guerra moderna con la guerra de los tiempos antiguos.

La guerra antigua era un duelo feroz donde no brillaba rayo alguno de piedad, donde, borrado todo sentimiento humanitario, aparecía este lema escrito con sangre sobre los despojos de horrendas carnicerías. «*¡Væ victis!* ¡Ay de los vencidos!»

El espíritu cristiano ha llevado al Código militar de las naciones civilizadas como prescripciones sacratísimas é inviolables, la humanidad en la victoria, el honor al valor vencido, la protección de los débiles, el respeto á la mujer, á la propiedad del pacífico ciudadano, al culto, á las costumbres; la nobleza, la hidalguía, la religiosidad en el cumplimiento de los pactos..... Destierra el ensañamiento, condena la ferocidad salvaje, levanta hospitales de sangre donde la caridad socorre y cura al enemigo; y una cruz que en su color recuerda el sacrificio divino del Gólgota, abre sus brazos á todos los combatientes para decirles que son hermanos, hijos del nuevo Adán, cuya sangre los engendró, formando una sola familia, en un solo pueblo, una sola civilización. Porque bajo la Cruz Roja desaparecen en el campo de batalla las diferencias de raza, de nacionalidad, de clima, de historia; y el ruso y el español, el inglés y el chino, el irlandés y el americano, el protestante, el budista, el mahometano, el cismático, el indiferente, el impío, los más alejados de Cristo, sienten latir en su corazón un sentimiento de caridad universal, de caridad sin límites, confesando con el lenguaje silencioso de los efectos, la influencia sobrenatural del Cristianismo, que con la palabra no quieren ó no se atreven á confesar.

¿Pero cómo se explica, me diréis, ese horror que por la guerra sienten los pueblos modernos, cuando todos se aprestan hoy á fortificar sus fronteras, á aumentar su escuadra, á engrosar sus ejércitos?

Ayuntamiento de Madrid

¡Ah! si el horror que un mal inspira fuera causa suficiente para desterrarle, habría huído ya de la humanidad el dolor y la muerte.

Los pueblos civilizados hacen ya todos coro á la Iglesia católica, que, desde sus primeros siglos, pide constantemente al Señor nos libre..... **a peste, fame et bello.....** de la guerra y de tantas otras calamidades.

En la hora actual diríase que se arman las naciones, más que para hacer la guerra, para afirmar la paz. Todo lo cual es obra exclusiva del catolicismo.

* * *

Ahora bien; suponed por un momento que esta anhelada paz universal ha llegado á la realidad más sólida y perfecta; imaginaos que no surgen ya tiranos, ni contiendas entre los pueblos, porque un arbitraje internacional logra hacer respetar sus decisiones..... ¿Ha terminado por esto la misión del pueblo español en la historia de la civilización cristiana?

España, Señor, fué siempre soldado y apóstol: apóstol en la paz, soldado en la guerra.

La época de mayor gloria para España, sus tiempos verdaderamente gloriosos, no lo son porque dominaba, sino porque iluminaba á la humanidad.

Que no había en el mundo Universidad más famosa que la de Salamanca; y venían de todos los países á escuchar á los doctores de la nueva Atenas. En los Concilios generales de la Iglesia llevaban la voz nuestros teólogos, Melchor Cano, Lainez, Maldonado, Vitoria, Alfonso de Castro, Soto, Suárez, Salmerón, oráculo de Trento; y todavía no han surgido en la Iglesia universal místicos más inspirados que San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Malón de Chaide y Fray Luis de Granada. Nuestros poetas de aquel tiempo, nuestra escuela, nuestro tea-

Ayuntamiento de Madrid

tro están traducidos á todas las lenguas; porque no hay pueblo alguno á donde no haya llegado el nombre de Cervantes, de Fray Luis de León, de Lope de Vega, Garcilaso, Hurtado de Mendoza, los Argensolas, Ercilla, Moreto, Tirso, y Calderón de la Barca; como no existe Museo en el mundo donde no descuellen en primer término los cuadros de Velázquez, Juan de Juanes, Rivera, Zurbarán y Murillo, junto á las esculturas de Alonso Cano y Montañés.

Y ¿por qué hemos de creer que estas glorias han pasado para no volver jamás? ¿Qué razón puede obligar á un pueblo á renunciar á sus más legítimas esperanzas? ¿Ha perdido acaso la fe de sus padres?

«Entre las muchas prendas que ennoblecen á la generosa nación española, la más digna de elogio, decía León XIII, es que después de tantos quebrantos, de tantas vicisitudes aun conserva aquélla su primitiva y casi hereditaria firmeza en la fe católica, á la que debió siempre su bienestar y grandeza..... En tiempos tan contrarios al nombre católico, con ahínco se mantiene unido á la religión de sus padres y no vacila en oponer una constancia igual á la magnitud de los peligros. En verdad, no hay cosa que no se pueda esperar de España, si tales consentimientos de los ánimos fueran fomentados por la caridad y fortalecidos por una constante concordia de las voluntades».

Si; esta primitiva y hereditaria firmeza en la fe católica es el foco inextinguible de sus latentes energías, de sus inesperados resurgimientos.

Restañadas las heridas de sus últimas guerras, sin más armas que el trabajo, en diez años ha llevado á cabo una empresa superior á los triunfos bélicos: la reconstitución nacional.

Con la pérdida de nuestras colonias se proclamaba en todas las lenguas la bancarrota moral y material de España. Para los espíritus pusilánimes el mar de las Antillas había sepultado, con nuestros barcos, toda esperanza..... Allí, entre las ensangrentadas olas del Océano, quedaban sepultados para siempre nuestro valor, nuestro espíritu, nuestra hacienda, nuestro crédito. ¿Quién levantaría á Es-

Ayuntamiento de Madrid

paña de su postración? ¿Quién le tendería la mano para sacarla del abismo? ¿Quién? Su fe; el Dios que convirtió siempre sus grandes tribulaciones en timbres de gloria y de honor.

Si nuestros antepasados hubiesen sentido desalientos en el principio de la lucha, España se hubiera enterrado en el Guadalete..... Pero resistieron ocho siglos de derrotas y de victorias, y un día vieron coronados los muros de Granada con el pendón morado de Castilla. Si el pueblo español hubiese retrocedido ante la sangre que inundó á torrentes las calles de Madrid en el día Dos de Mayo, nuestra Historia no guardaría páginas tan épicas como las de San Marcial y Zaragoza, ni le hubiera señalado España á Napoleón, desde Bailén, el camino de Santa Elena; pero la sangre del Dos de Mayo no hizo más que encender la cólera de este pueblo, que jamás ha vacilado en la pelea y se ha crecido siempre ante los infortunios.

«La fibra de un pueblo, ha dicho un escritor ilustre de nuestros días, no se contrasta en un período de guerra, sino en los tiempos de paz. En los días belicosos, un país pacta con la temeridad alucinado por la fiebre ó movido por la pasión y hasta hostigado por el miedo. Cuando la paz llega, si carece de fibra, vencedor se deprava, derrotado se postra y aniquila. La prueba para España ha sido durísima. Pero alzad la noble frente ornada por laurel; hemos ganado la victoria de la perseverancia; hemos aceptado la expiación y con jirones de nuestra carne y con jugo de nuestra vida, rescatamos el derecho de sentir orgullo, el santo orgullo de los que son fuertes, porque tuvieron fe en la vida, fe en la patria, fe en el porvenir».

Cerrado por todas partes el horizonte al espíritu aventurero de nuestra raza, el pueblo español concentró aquí sus energías y brotaron, como por ensalmo, industrias jamás soñadas. La agricultura, el comercio, las artes, la literatura, la ciencia, todo ha resurgido con increíble intensidad; y suplantando la economía al despilfarro, el sacrificio al placer, el trabajo á la aventura, nuestros acreedores, que temieron un día la quiebra, hablan de la conversión de va-

Ayuntamiento de Madrid

lores, ventajosamente cotizados; nuestros productos se abren nuevos mercados en todos los países; nuestros literatos y nuestros sabios ganan los primeros premios de la Europa intelectual, y las esculturas y los cuadros de nuestros artistas atraviesan los mares para ceñir de gloria el nombre español en todas las latitudes conocidas, como si España, la antigua España «que no vió ponerse el sol en sus dominios», ambicionara en los tiempos modernos convertirse ella misma en sol, para alumbrar los dominios de la civilización universal.

Un filósofo elocuentísimo dice que «cuando se formaron los continentes, el dedo de Dios dibujó la península española entre dos mares, colocándola entre el Africa y Europa, entre el nuevo y el viejo mundo, como la tierra de promisión para la inteligencia y el valor, como el pedestal del genio y del heroísmo, para salvar con su palabra y con su espada la fe, y como el puerto sagrado de donde surcaran perpetuamente los bajeles de la Cristiandad, para llevar el Evangelio y la civilización á todos los pueblos».

Esta es la misión integral de España, y España no faltará á tan alto y sagrado deber en ningún momento de su historia.

¿No oís, Señor, aquí en el templo, la voz de la Nación? ¿No oís el eco de todas las regiones españolas en esta hora solemne del Centenario.....?

Cantabria, la que hizo de sus cordilleras baluartes contra Roma; Asturias, santuario de nuestra libertad; León y Castilla, cimientos de vuestro trono; Galicia, que cerró sus puertos á la invasión de los normandos; Navarra, que midió sus armas con Carlo Magno, derrotándole en Roncesvalles; Aragón, Cataluña, Baleares y Valencia, que dueñas del Mediterráneo, han cerrado con sus inquebrantables barras el paso á todos los invasores; Extremadura y Andalucía, de donde salieron los exploradores y conquistadores de América; todas aquellas regiones que dieron su sangre para borrar la mancha del Guadalete, formando el río purificador que baja de Covadonga, atraviesa la Península y va á regar los cármenes profanados

Ayuntamiento de Madrid

de Granada; todas aquellas regiones que al grito de Velarde, de Daoiz, de Romeu, de Agustina de Aragón, se lanzan á un combate de titanes, en el que sucumbe el genio más guerrero de los siglos.....; todas aquellas regiones que se cubrieron de laurel en la guerra de África.....; todas, todas estas regiones, Señor, envían hoy á sus hijos á la capital de España, de la España una é indivisible, para aclamar el heroísmo de los mártires del *Dos de Mayo*..... Pero fijad vuestra atencion, Señor, y observaréis que vienen en carrozas simbólicas, engalanadas con las preseas del trabajo, del comercio, de las artes; y vienen al templo á jurar ante la tumba de estos héroes, que no desertaran jamás del campo de la fe, permaneciendo fieles al destino que plugo á Dios confiar á la Patria española; y si con la espada en la mano se coronaron de gloria en las edades pasadas, por los caminos del trabajo y de la ciencia sabrán obtener victorias brillantes en las nuevas lides de la vida moderna, en las que aparecerá siempre España llevando delante de los pueblos la bandera de la cruz, como campeón invicto de la verdadera civilización.

La vida, la verdadera vida gira entre dos polos: el recuerdo y la esperanza. Los pueblos arruinados viven sólo de recuerdos. España, que vive, mira con orgullo el pasado y alienta su esperanza en el porvenir.

¡Qué cuadro tan bello, tan sublime ofrece hoy el pueblo español al mundo! Aquí en esta iglesia, maravilla del arte moderno, la España de 1908 se postra ante la España de 1808; y fija su mirada en los siglos venideros, pide á Dios bendiciones para el porvenir, mientras ofrece incienso de honor al pasado, diciendo, con religioso fervor, ante los restos venerandos de estas víctimas de la Independencia patria: *Requiescant in pace*.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid